

## LIBRO SEGUNDO

### SUMARIO

Armas usadas en la antigüedad.—Infantería romana armada á la ligera ó vélites; honda, ballesta, dardo, rodela.—Infantería con armas pesadas; celada, coraza, grebas, brazales, escudo, espada, puñal, pilo.—La pica no la usaban ó la usaban poco.—Los griegos fiaban más en las picas y los romanos en la espada y el escudo.—Armas de la caballería romana, escudo, espada y lanza.—Armamentos de nuestra época introducidos por los tudescos y los suizos.—Peto de hierro; lanza ó pica; alabarda; arcabuz.—Comparación entre las armas de los romanos y las de los tudescos.—Ventajas de aquéllas.—Ejemplos.—Cómo el conde de Carmañola, en tiempo de Felipe Visconti, venció á los suizos.—Infantería española de Gonzalo de Córdoba y tudésca de Monseñor Aubigny.—Debe escogerse lo mejor de las armas romanas y de las tudescas.—La caballería moderna es preferible á la antigua.—La infantería es más útil que la caballería.—Ejemplo de Tigranes y de sus *catafractes*.—Caballería de los partos.—En qué y cómo la infantería es superior á la caballería.—Ejercicios militares en la antigüedad: para hacer á los soldados ágiles, diestros y fuertes: para aprender á manejar las armas: ejercicio del palo, del arco y de la honda.—Ejercicios que el autor propone; de la ballesta; del arco; de la escopeta; de la natación.—Ejercicios de la caballería en la antigüedad.—Ejercicios de los *jurados* en algunas ciudades de Poniente.—Modo de organizar un ejército.—Brigadas de diez batallones que el autor propone y describe.—Qué entiende el autor por escuderos ú hombres con escudos, picas ordinarias, vélites ordinarios, picas extraordinarias, y vélites extraordinarios.—Capitán general, condestables, centuriones, decuriones, bandera y trompetas.—Ejercicios de brigada y de batallón.—Simulacros de batallas.—La buena organización y

no los hombres valientes, es lo que hace un ejército valeroso.—Cómo se mantienen las filas en los ejercicios de batallón.—Tres clases principales de formación, la cuadrada, la cornuda y la con plaza en el centro.—Dos modos de organizar la formación cuadrada.—Para reorganizar las filas rotas conviene señalar puestos fijos á los soldados y usar contraseñas.—Contraseñas de la bandera, de los cabos y de los soldados.—Cómo cambia un batallón rápidamente para convertir los flancos ó la retaguardia en frente y éste en flancos ó retaguardia.—Formación cornuda de los batallones: cómo se convierte en formación con plaza en medio.—Formación á manera de cruz, usada por los suizos.—Cómo han de ejercitarse los piqueros y los vélites extraordinarios.—Carros que debe tener cada batallón.—Utilidad de haber muchos decuriones, de la bandera y de la música.—Por qué en tiempo del autor estaba en tanta decadencia el ejercicio de las armas.—La caballería moderna es tan fuerte, si no más, que la antigua.—Cómo debemos armar á la caballería ligera y á los hombres de armas.

*Fabricio*.—Una vez elegidos los soldados, lo necesario en mi opinión es armarlos, y para ello me parece lo más conveniente estudiar las armas que usaban los antiguos y escoger de ellas las mejores. Dividían los romanos su infantería, atendiendo al armamento, en pesada y ligera. Los hombres armados á la ligera llamábanse vélites, y esta denominación comprendía á los combatientes con hondas, ballestas y dardos, llevando por defensa casco y rodela. Combatían fuera de filas y á alguna distancia de la infantería pesada, que llevaba por armas celadas cuyos extremos caían hasta los hombros, coraza con falda ó bandas que llegaban hasta las rodillas y las piernas y brazos cubiertos con grebas y brazales. Llevaban escudolargo como de dos *brazos* (1) y uno de ancho, cercado de hierro en la parte superior para resistir los golpes y en la inferior para que no se estropeara al

(1) El *brazo* era en Italia una medida longitudinal que próximamente equivale á cincuenta y ocho centímetros.



chocar contra el suelo. Como armas ofensivas usaban espada de *brazo* y medio de larga suspendida al costado izquierdo, y en la cintura, á la derecha, un puñal. Con la diestra empuñaban un dardo llamado *pilo*, que, al empezar el combate, arrojaban contra el enemigo. Tales eran las armas con las cuales los romanos conquistaron el mundo.

Algunos escritores antiguos añaden á las citadas una pica en forma de venablo llevada en la mano, pero no sé cómo podrían manejar tan pesada arma usando escudo, porque éste impediría hacerlo con ambas manos, y con una poco podía hacerse de provecho, dado el peso de la pica. Además, combatir con pica en formación cerrada es inútil, si no está el que la lleva en primera fila, donde hay espacio para extenderla, cosa imposible en las demás filas. Y como en la formación de los batallones, según diré al tratar de ella, debe procurarse estrechar las filas, por ser esto menos malo que espaciarlas, cosa evidentemente peligrosísima, toda arma que tenga más de dos brazos de larga, en la estrechez de las filas es inútil, porque si la empuñáis con ambas manos, dado que no os estorbe el escudo, no podéis ofender al enemigo que tenéis encima, y si la cogéis con una mano, para valeros del escudo, habéis de hacerlo por la mitad del asta y la parte posterior, tropezando con los que están á vuestra espalda, impedirá el manejo del arma.

Para persuadiros de que los romanos no usaron tales picas ó las usaron muy poco, leed en la historia de Tito Livio la descripción de las batallas y veréis que rarísima vez se mencionan las picas, pues casi siempre dice que, lanzados los pilos, ponían mano á las espadas. Prescindo, pues, de la pica y me atengo á la espada como arma ofensiva de los romanos, y al escudo y las demás citadas, como defensivas.

No usaban los griegos tan pesadas armas de defensa como los romanos; fiaban más para la ofensiva en la pica que en la espada, especialmente las falanges de Macedonia, armadas con picas de diez *brazos* de largas, llamadas *sarisses*, con las cuales rompían las filas enemigas, sin perder el orden de formación de la falange. Aunque algunos escritores dicen que también usaban escudo, no creo, por las razones expuestas, que pudieran valerse á la vez de ambas armas. Además, en la narración de la batalla que dió Paulo Emilio contra el rey de Macedonia Perseo, no recuerdo que se diga nada de escudos, sino solamente de *sarisses* ó picas y de lo mucho que estas armas dificultaron la victoria á los romanos. Creo, pues, que la falange macedónica estaría organizada como lo está hoy un batallón suizo, que fía á las picas todo su esfuerzo y poder.

Además de las armas llevaba la infantería romana penachos, adorno que da á los ejércitos un aspecto bello para los amigos y temeroso para los enemigos. En los primeros tiempos de Roma, la caballería no usaba más armas defensivas que un escudo redondo y un casco que cubría la cabeza; el resto del cuerpo estaba indefenso. Las ofensivas eran la espada y una pica larga y delgada herrada únicamente en uno de sus extremos. Esta pica impedía al soldado mantener firme el escudo y en la lucha se quebraba, quedando el jinete desarmado y expuesto á los golpes del enemigo. Andando el tiempo, la caballería fué armada como la infantería, pero con el escudo más pequeño y cuadrado y la pica más gruesa y herrada en los dos extremos; de modo que, al quebrarse, podía defenderse el jinete con el trozo que le quedaba en la mano. Con tales armas, repito, la infantería y caballería romanas conquistaron el mundo, y, por los resultados, debe creerse que nunca ha habido ejércitos mejor armados. De ello da fe dife-



rentes veces Tito Livio en su historia cuando compara los ejércitos romanos con los de sus enemigos, diciendo: «Pero los romanos por su valor, por la clase de sus armas y por la disciplina eran superiores.» A causa de esta superioridad he hablado con más extensión de las armas de los vencedores que de las de los vencidos.

Réstame hacerlo de las armas actuales.

Lleva la infantería para su defensa peto de hierro, y para ofender una lanza de nueve *brazos* de larga que llaman pica, y una espada al costado izquierdo, más redondeada que aguda en la punta. Este es el modo ordinario de armar á la infantería actualmente, siendo pocos los que llevan defendidos la espalda y los brazos y ninguno la cabeza. Estos pocos, en vez de pica, usan alabarda, cuya asta, como sabéis, es de tres *brazos* de larga y el hierro tiene forma de hacha. Entre ellos van los escopeteros, quienes con sus disparos hacen el mismo efecto que antiguamente los honderos y ballesteros.

Esta manera de armar los ejércitos la han puesto en práctica los alemanes, y, sobre todo, los suizos, que, siendo pobres y queriendo vivir libres, se veían obligados á luchar contra la ambición de los príncipes de Alemania, bastante ricos para mantener caballería, cosa imposible á ellos por su pobreza. Peleando á pie y queriendo defenderse del enemigo á caballo, tuvieron que acudir al sistema militar de los antiguos y apelar á armas que les defendieran del ímpetu de la caballería. Esta necesidad les ha hecho mantener ó restablecer la antigua organización militar, sin la cual la infantería es completamente inútil, y adoptar la pica como arma utilísima, no sólo para resistir á la caballería, sino para vencerla. Tal organización y tal clase de armas han dado á los tudescos tanta audacia, que quince ó veinte mil de ellos no temen atacar á la caballería más numerosa, como lo han probado repetidas veces en los

últimos veinticinco años, siendo tan evidentes los ejemplos de las ventajas de esta organización y de estas armas, que, después de la venida del rey Carlos VIII á Italia, todas las naciones las han copiado y los ejércitos españoles han adquirido, por este medio, grandísima reputación.

*Cosme.*—¿Qué armamento os parece mejor, el de los tudescos ó el de los antiguos romanos?

*Fabricio.*—El romano, sin duda alguna. Explicaré lo bueno y lo malo de cada uno de ellos. La infantería tudésca, conforme está armada, puede resistir y vencer á la caballería, y, por no llevar armas pesadas, camina más fácilmente y con mayor rapidez se forma en batalla; en cambio, careciendo de armas defensivas, está más expuesta de cerca y de lejos á los golpes del enemigo, es inútil para los sitios de plazas fuertes y resulta vencida en los combates donde el enemigo haga tenaz resistencia. Los romanos resistían y vencían la caballería como los tudescos, y, por cubrirse el cuerpo con armas defensivas, librábanse bien de lejos y de cerca de los golpes del enemigo. A causa de sus escudos era su choque más violento, rechazando mejor el del contrario, y en los combates cuerpo á cuerpo valía mucho más su espada que la pica de los alemanes, quienes llevan también esta arma; pero, como no usan escudo, resulta ineficaz. Teniendo aquéllos la cabeza cubierta con casco y pudiéndola cubrir además con el escudo sin gran riesgo, asaltaban las fortalezas. El único inconveniente de su armamento era el peso y la fatiga de llevarlo, pero lo soportaban acostumbrando el cuerpo á esta molestia y á sufrir los trabajos más rudos. Bien sabéis que la costumbre aminora ó destruye los inconvenientes de hacer las cosas.

No se debe olvidar que la infantería tendrá que combatir, ó con otra infantería ó con caballería, y siempre



será inútil la que no pueda resistir á la caballería, ó, pudiendo, tema pelear con otra infantería mejor armada y mejor ordenada. Ahora bien: si comparáis la infantería tudésca y la romana, encontraréis en la primera aptitud, como hemos dicho, para resistir á la caballería y gran desventaja si tiene que combatir con infantería organizada como ella y armada como la romana. Habrá, pues, entre ambas la diferencia de que los romanos podrian vencer á la infantería y á la caballería, y los tudescos sólo á la caballería.

*Cosme.*—Deseo que probéis vuestra opinión con algún ejemplo para comprenderla mejor.

*Fabricio.*—Repetidamente encontraréis en nuestra historia casos en que la infantería romana ha vencido numerosa caballería, y nunca fué vencida por otra infantería á causa de la insuficiencia de sus armas ó superioridad de las del enemigo; pues si sus armas hubiesen sido imperfectas, ocurriera necesariamente una de dos cosas: ó encontrar otras tropas mejor armadas, en cuyo caso no adelantaran en sus conquistas, ó adoptar el armamento extranjero, renunciando al suyo. No hicieron ninguna de ambas cosas, luego el suyo era superior á todos.

No ha sucedido esto á la infantería tudésca, porque se la ha visto dar mal resultado algunas veces que combatió con infantería tan tenaz y disciplinada como ella, sucediendo así á causa del mejor armamento de los enemigos. Atacado Felipe Visconti, duque de Milán, por diez y ocho mil suizos, envió contra ellos al conde de Carmañola, que era entonces el general de su ejército. Fué éste á su encuentro con seis mil caballos y poca infantería; dióles una batalla, y le derrotaron con grandes pérdidas. Carmañola, que era hombre hábil, conoció en seguida la superioridad de las armas enemigas para combatir contra la caballería y la inferioridad de

los caballos contra infantería tan bien ordenada. Reunió entonces todas sus tropas, fué de nuevo contra los suizos, y, cuando estuvo cerca de ellos, mandó apearse á sus hombres de armas. Combatiendo á pie, mataron á todos los enemigos, á excepción de unos tres mil que, al verse perdidos, arrojaron las armas y se rindieron.

*Cosme.*—¿Cuál fué la causa de tan gran desventaja?

*Fabricio.*—Os la he dicho hace poco; pero si no la habéis comprendido, la repetiré. La infantería tudésca, desarmada para la defensa, según he manifestado, tiene para ofender la pica y la espada. Con tales armas y su acostumbrado orden de batalla ataca á los enemigos; pero si éstos, cubiertos con armaduras, como lo estaban los hombres de armas que Carmañola hizo apearse, se arrojan sobre los contrarios espada en mano, cual se lanzaron contra los suizos, una vez vencida la dificultad de alcanzarle y de entrar en sus filas, combaten con completa seguridad, porque en la lucha cuerpo á cuerpo el tudésco no puede valerse de la pica, demasiado larga en tales casos, y necesita echar mano á la espada, recurso inútil en un hombre sin armadura contra otro que se defiende con ella. Comparando las ventajas é inconvenientes de ambos sistemas, se verá que el soldado sin armas defensivas está perdido cuando el enemigo ha resistido el primer choque, librándose de las puntas de las picas, cosa no difícil cuando va cubierto de hierro. Los batallones (como comprenderéis mejor cuando explique su manera de maniobrar en el campo de batalla) avanzan hasta que necesariamente chocan, llegando al combate personal, y aunque algunos caen muertos ó derribados por las picas, los que en pie quedan son bastantes para alcanzar la victoria. Por ello venció Carmañola á los suizos causándoles tan terribles pérdidas, y sufriendo él muy pocas.

*Cosme.*—Considerad que los de Carmañola eran hom-



bres de armas, y aunque combatieran á pie, iban cubiertos de hierro, lo cual ocasionó su victoria. Creo, pues, que para obtener igual éxito sería preciso una infantería armada de igual modo.

*Fabricio.*—No creeréis tal cosa si recordáis lo que he dicho de cómo iban armados los romanos, porque un soldado de infantería que lleva á la cabeza un casco de hierro, defendido el pecho con la coraza y el escudo, y cubiertos también los brazos y las piernas, está en mejor disposición para contrarrestar el ataque de las picas y meterse en las filas enemigas que un hombre de armas á pie. Citaré al efecto un ejemplo moderno. Pasó de Sicilia al reino de Nápoles infantería española para unirse á Gonzalo de Córdoba, sitiado en Barletta por los franceses. Salió á su encuentro Monseñor de Aubigny con sus hombres de armas y unos cuatro mil infantes tudescos. Vinieron á las manos, y los tudescos con sus picas bajas abrieron las filas de los españoles; pero valiéndose éstos de sus broqueles y de la agilidad de sus cuerpos, se metieron entre los tudescos para combatir con la espada, matando á casi todos ellos y alcanzando la victoria. Todo el mundo sabe cuántos tudescos murieron en la batalla de Ravena por la misma causa; es decir, porque los españoles se acercaron hasta poder combatir con la espada á la infantería alemana, y habrían acabado con ella si la caballería francesa no acudiera en su auxilio; lo que no impidió á los españoles estrechar sus filas y retirarse á lugar seguro. En conclusión: la buena infantería debe saber y poder rechazar lo mismo las tropas de á pie que las de á caballo, cosa que, según he repetido varias veces, depende del armamento y la organización.

*Cosme.*—Decid, pues, cómo la armaríais.

*Fabricio.*—Adoptaría las armas romanas y las tudescas para que la mitad fueran armados como los roma-

nos, y la otra mitad como los alemanes; por ejemplo: de seis mil infantes, tendría tres mil armados con escudos á la romana, dos mil con picas, y mil arcabuceros á la tudésca. Pondría las picas al frente de los batallones y donde más temiera el ataque de la caballería y me serviría de los armados con escudos y espadas para sostener á los de las picas y asegurar la victoria, como lo probaré más adelante. Un cuerpo de infantería así organizado, sería, en mi concepto, superior á todos los que hoy existen.

*Cosme.*—Respecto á la infantería basta lo dicho; ahora deseamos saber cuál armamento conceptuáis mejor para la caballería: el actual, ó el antiguo.

*Fabricio.*—Creo que en estos tiempos se va más seguro á caballo con las sillas de arzones y los estribos, no usados en la antigüedad. Creo que nuestros jinetes están mejor armados y que con más dificultad se resiste hoy el choque de un escuadrón de hombres de armas, que se resistía antiguamente el de la caballería romana. A pesar de ello, opino que ahora no se debe apreciar tanto la caballería como se estimaba en la antigüedad, pues, según antes he dicho, muchas veces ha sido vencida por la infantería, y lo será siempre que esta fuerza tenga las armas y la organización que he referido. Disponía el rey de Armenia, Tigranes, contra el ejército romano que mandaba Lúculo, de ciento cincuenta mil hombres de caballería; muchos de ellos, llamados *catafrattes*, estaban armados como nuestros hombres de armas. El ejército romano constaba de unos seis mil caballos y veinticinco mil infantes, por lo cual dijo Tigranes al ver al enemigo: «Esa caballería sólo es bastante para una embajada». Sin embargo, al llegar á las manos el ejército del rey, fué vencido, y el historiador que describe esta batalla considera á los *catafrattes* como inútiles, pues dice que, llevando la cara cubier-



ta, apenas podían ver y ofender al enemigo, y el peso de sus armas les impedía, una vez caídos, levantarse y valerse de sus personas.

Las repúblicas ó reinos que prefirieron la caballería á la infantería, siempre han sido débiles y han estado expuestas á toda clase de contratiempos, como sucede á Italia en nuestros días, invadida, robada y arruinada por los extranjeros en castigo del pecado de no cuidarse de su infantería y de ser casi todos sus soldados de caballería. Debe tenerse caballería, pero como elemento secundario, y no el principal del ejército. Es utilísima y necesaria para las descubiertas, para las correrías y devastaciones del país enemigo, para tener en continua alarma á los contrarios é interceptarles las provisiones; pero en las batallas campales, que son las operaciones principales de la guerra y el fin con que se organizan los ejércitos, su mejor servicio es la persecución del enemigo, una vez derrotado, siendo en todo lo demás muy inferior á la infantería.

*Cosme.*—Me ocurren dos dudas: una nace de saber que los parthos hacían la guerra sólo con caballería, y, sin embargo, se dividieron la dominación del mundo con los romanos; otra, cómo puede resistir la infantería á la caballería, y de qué proviene la fuerza de ésta y la debilidad de aquélla.

*Fabricio.*—He dicho, ó al menos he querido decirlo, que mis explicaciones sobre el arte militar no traspasaban los límites de Europa. Siendo así, no me creería obligado á razonar lo ocurrido en Asia; sin embargo, diré que el ejército de los parthos era completamente distinto del de los romanos. Todo él estaba formado de caballería, y combatía confusa y desordenadamente y con la mayor inestabilidad. Los romanos iban casi todos á pie y peleaban uniendo sus filas y concentrando las fuerzas. Unos ú otros vencieron, según era espacioso ó

estrecho el terreno en que operaban. El primero era favorable á los parthos, el segundo á los romanos. En aquél demostraron los parthos la superioridad de su organización militar relativamente á la región que defendían, la cual era extensísima, distante más de mil millas del mar, cruzada por ríos apartados unos de otros dos ó tres jornadas, casi despoblada, de suerte que un ejército romano, pesado y tardío en las marchas por su armamento y organización, no podía caminar sin grave daño, mientras los defensores del país iban á caballo y recorrían con la mayor facilidad largas distancias, estando hoy en un sitio y al día siguiente á cincuenta millas de él. Así se comprende que los parthos, con sólo caballería, pudiesen destruir el ejército de Craso y poner en grave riesgo el de Marco Antonio.

Pero, como os he dicho, no es mi propósito tratar de las fuerzas militares fuera de Europa, sino de la organización de los ejércitos romanos y griegos, y de la que actualmente tienen los alemanes.

Vengamos ahora á vuestra segunda duda. Deseáis saber qué causas ó qué condición natural hace á la infantería superior á la caballería. En primer lugar, los caballos no pueden andar, como los hombres, por todas partes; los movimientos de la caballería en las maniobras son más tardíos que los de la infantería, pues si, avanzando, es preciso retroceder, ó retirándose avanzar, ó moverse estando parados, ó en marcha detenerse de pronto, los caballos no lo hacen con tanta exactitud y precisión como los infantes. Una fuerza de caballería desordenada por el choque del enemigo, con dificultad vuelve á ordenarse, aunque el ataque haya sido infructuoso, y esto sucede rara vez á la infantería. También ocurre con frecuencia que un hombre valeroso monta un caballo cobarde, y un soldado tímido va sobre ca-



ballo valiente. Esta disparidad de ánimo entre el hombre y el caballo contribuye al desorden.

No debe admirar á nadie que un pelotón de infantería resista el empuje de la caballería, porque el caballo es un animal sensato, conoce el peligro y no se expone á él voluntariamente. Si se tiene en cuenta la fuerza que le hace avanzar y la que le obliga á retroceder, veráse que ésta es mayor que aquélla; porque si las espuelas le excitan á correr, el aspecto de las picas y las espadas le detiene. Por ello hay muchos ejemplos antiguos y modernos de permanecer seguro é invencible un pelotón de infantería atacado por caballería. Si se arguye que la impetuosidad con que corre el caballo hace su choque más terrible para quien se exponga á recibirlo y obliga al animal á no cuidarse tanto de las picas como de las espuelas, contestaré que, cuando el caballo vea que corre á chocar con las puntas de las picas, espontáneamente refrenará la carrera y, al sentir que le pinchan, se parará en firme ó volverá á la izquierda ó á la derecha del obstáculo que encuentra. Si queréis hacer la prueba, obligadle á correr contra un muro; rara vez sucederá, aunque vaya á escape, que choque con él. Cuando César tuvo que combatir con los helvecios en la Galia, se apeó é hizo apearse á toda su caballería, y ordenó apartar los caballos del campo de la lucha, como cosa más á propósito para huir que para combatir.

A pesar de estos inconvenientes, propios de la caballería, el jefe que mande un cuerpo de infantería debe escoger caminos inaccesibles á los caballos, y rara vez ocurrirá que no pueda librarse de sus ataques sólo por la disposición del terreno. Si se camina por colinas, nada hay que temer de la impetuosidad de la caballería; y si por las llanuras, pocas serán las que no ofrezcan con bosques y plantaciones medios de segura de-

fensa, pues cualquier vallado, cualquier zanja, por pequeños que sean, cualquier cultivo donde haya viñas ó arbustos, impiden la carrera del caballo. Lo mismo se presentan estos obstáculos en las marchas que en las batallas, y hacen imposibles las cargas de caballería. No olvidaré, sin embargo, deciros que los romanos estimaban tanto la superioridad de su organización y de sus armas, que, si en un día de batalla podían elegir entre un sitio áspero que les preservara de los ataques de la caballería, pero donde no pudieran desplegar cómodamente sus fuerzas, y uno llano y fácil para las acometidas de los caballos enemigos, pero donde ellos pudieran maniobrar, siempre preferían éste.

Dicho ya lo que debe imitarse de los antiguos y de los modernos para armar la infantería, pasemos á los ejercicios y veamos los que los romanos obligaban á hacer á su infantería antes de que la llevaran á los campos de batalla. Aunque los soldados estén bien elegidos y mejor armados, debe cuidarse con grandísimo esmero de ejercitarlos, porque sin ello no hay soldado bueno. Estos ejercicios tendrán tres objetos: uno, endurecer el cuerpo, acostumbrarlo á sufrir las fatigas, aumentar su agilidad y su destreza; otro, enseñar al soldado al manejo de las armas; y otro, instruirle para que siempre ocupe el sitio que le corresponda en el ejército, lo mismo en las marchas que en los combates y en los campamentos; las tres principales operaciones de todo ejército, porque si camina, acampa y combate ordenada y metódicamente, su general será bien juzgado aunque no consiga la victoria.

Las leyes y las costumbres establecieron estos ejercicios en las repúblicas antiguas, donde se practicaban en todas sus partes. Los jóvenes adquirían la agilidad corriendo á competencia, la destreza saltando, la fortaleza luchando ó arrancando palos clavados en tierra. Las



tres cualidades son necesarias á un buen soldado: la velocidad le permite adelantarse al enemigo para ocupar un punto importante, para sorprenderle y para perseguirle después de derrotado; la destreza para esquivar los golpes del contrario y saltar una zanja ó un parapeto; la fortaleza para llevar fácilmente las armas y rechazar al enemigo ó resistir su empuje. Habituaban el cuerpo, especialmente á sufrir los trabajos más rudos, llevando pesadas cargas. Esta costumbre es indispensable, porque en las expediciones difíciles conviene muchas veces que los soldados lleven, además de las armas, víveres para muchos días, y no podrían hacerlo sin estar habituados á soportar peso, lo cual sería inconveniente grave para evitar un peligro ó alcanzar alguna brillante victoria.

Para el manejo de las armas hacían los siguientes ejercicios. Daban á los jóvenes armas doble más pesadas que las ordinarias; por espada un palo revestido de plomo, de mucho más peso que aquélla. Obligaban á cada uno á clavar una estaca en tierra, dejando fuera de ella un trozo como de tres *brazos* de alto, tan firmemente sujeto, que los golpes ni lo rompieran ni lo torcieran, y contra dicha estaca se ejercitaban los jóvenes con el escudo y el palo emplomado como contra un enemigo, dirigiendo sus golpes á veces como para herirle en la cabeza ó en el rostro, á veces como para atravesarle el pecho ó romperle las piernas; hora retirándose, hora avanzando. Servíales este ejercicio para aprender á cubrirse con el escudo y á herir al enemigo, y lo pesado de las armas simuladas para que las verdaderas les parecieran después más ligeras. Procuraban los romanos que sus soldados hiriesen á estocadas mejor que á cuchilladas, porque el golpe de punta es más grave, más difícil de parar, menos expuesto á que se descubra quien lo da, y más fácil de repetir.

No os admire que los antiguos tuvieran en cuenta estos mínimos detalles, porque cuando se trata de los combates cuerpo á cuerpo, cualquier pequeña ventaja es de grande importancia, y los escritores dicen de esto mucho más que yo os refiero.

En la antigüedad, lo mejor para una república era tener muchos hombres ejercitados en las armas, porque no es el esplendor de las piedras preciosas ó del oro lo que hace someterse al enemigo, sino el temor á las armas. Además, los errores en muchos asuntos pueden á veces enmendarse; pero en la guerra es imposible por lo inmediato de la pena. Por otra parte, el saber combatir aumenta la audacia de los hombres, puesto que nadie teme hacer aquello que ha aprendido.

Querían, pues, los antiguos que los ciudadanos se adiestraran en el ejercicio de las armas, y les hacían lanzar, contra la estaca clavada en el suelo, dardos más pesados que los ordinarios, cuyo ejercicio servía para que aprendieran á dirigirlos y para aumentar la agilidad y la fortaleza de los brazos. Enseñábanles también á disparar con arco y con honda, y para todas estas enseñanzas tenían instructores; de modo que, cuando se hacía la recluta para ir á la guerra, los elegidos eran ya soldados por el valor y la instrucción militar; lo único que les faltaba era aprender la formación y saberla conservar en las marchas y en los combates, de lo cual se enteraban pronto al entremezclarse con los soldados veteranos, que desde hacía tiempo la practicaban.

*Cosme.*—¿Qué ejercicios ordenaríais ahora á los soldados?

*Fabricio.*—Bastantes de los ya citados, como la carrera, la lucha, los saltos, el uso de armas más pesadas que las ordinarias, el tiro con ballesta y con arco, á los cuales añadiría el de arcabuz, arma nueva que, como sa-



béis, es necesaria. Toda la juventud de mi Estado se acostumbraría á estos ejercicios; pero muy especialmente la parte de ella escogida para la guerra, dedicando á dicha ocupación los días de fiesta. Desearía también que aprendiesen á nadar, cosa muy útil, porque no siempre hay puentes ó barcos en los ríos, y el ejército que no sabe nadar pierde muchas ventajas y ocasiones de operar útilmente. Los romanos escogieron el campo de Marte para los ejercicios de la juventud, porque estaba inmediato al Tíber, y cuando la agobiaba el cansancio en tierra se echaba al agua para restaurar las fuerzas y practicar la natación. También ordenaría, como los antiguos, ejercicios especiales para los hombres destinados á la caballería, cosa indispensable, porque no sólo necesitan saber montar, sino también valerse de sus armas á caballo. Para esto tenían caballos de madera, sobre los cuales se adiestraban los jóvenes montando en ellos armados y desarmados, sin ayuda alguna y por ambos lados, con lo cual se conseguía que, á la orden del capitán, los soldados de caballería estuviesen inmediatamente á pie ó á caballo.

Estos diversos ejercicios que entonces eran fáciles, no serían ahora difíciles para una república ó un príncipe que ordenara á la juventud practicarlos, como por experiencia se ve en algunas ciudades de Poniente, donde se ha conservado esta costumbre. Dividen en ellas los habitantes en varias agrupaciones, y cada una toma el nombre de la clase de armas que emplea en la guerra, de modo que, usando las picas, alabardas, arcabuces y arcos, llámanse piqueros, alabarderos, arcabuceros y arqueros, dejando á voluntad de los habitantes pertenecer á cualquiera de estas agrupaciones, pero siendo obligatorio formar parte de alguna de ellas. Como por la edad ó cualquier otro impedimento no todos son aptos para la guerra, eligen algunos en cada

agrupación, á los que llaman *Jurados*, y éstos tienen obligación de ejercitarse todos los días festivos en el arma de que toman el nombre y en la plaza ó local que al efecto tienen destinado en la ciudad. Los que, perteneciendo á las agrupaciones, no son Jurados, abonan los gastos que estos ejercicios ocasionan. Lo que se hace en esas ciudades, podríamos hacerlo nosotros; pero nuestra escasa prudencia nos impide tomar resoluciones acertadas. A causa de estos ejercicios, la infantería en la antigüedad era buena, y los de Poniente (1) la tienen mejor que la nuestra.

Los romanos la adiestraban, ó en las poblaciones, sin alejarse de sus moradas los ciudadanos, como lo hacía la república, ó en el seno de los ejércitos, como lo hicieron los emperadores por motivos antes expuestos; pero nosotros, ni queremos ejercitar nuestros soldados en las ciudades, ni podemos hacerlo en el ejército, porque no lo forman súbditos nuestros, ni cabe obligarle á otros ejercicios que los que quiera practicar; todo lo cual ha sido causa de que se descuide primero la enseñanza del soldado, y después la formación de los ejércitos, y de que los reinos y repúblicas, especialmente en Italia, lleguen á extrema debilidad.

Pero volvamos á nuestro asunto, y continuemos la explicación de los ejercicios. No basta para organizar un buen ejército tener hombres endurecidos en las fatigas y haberlos hecho vigorosos, ágiles y diestros; se necesita que aprendan á estar en filas, á obedecer las señales, los toques y las voces de los jefes, estando á pie firme, retirándose, avanzando, combatiendo y caminando, porque sin esta disciplina, cuidadosamente observada y practicada, nunca habrá ejército bueno. No cabe duda de que los hombres valerosos, pero des-

(1) Las ciudades de la costa de Génova.



ordenados, son más débiles en conjunto que los tímidos disciplinados, porque la disciplina aleja el temor y el desorden inutiliza la valentía.

A fin de que comprendáis mejor lo que voy á explicar, os diré primeramente que todas las naciones, al organizar sus hombres para la guerra, han formado un núcleo principal en el ejército ó en la milicia, más vario en el nombre que en el número de soldados, pues siempre ha sido de seis á ocho mil hombres. A este núcleo ó unidad llamaron los romanos *legión*, los griegos *falange*, los galos *caterva*. En nuestros tiempos, los suizos, por ser los únicos que han conservado alguna sombra de las antiguas instituciones, le llaman en su lengua lo que en la nuestra equivale á *brigada*. Cada nación ha dividido después este núcleo en diferentes batallones, organizándolos de distintas maneras. Usaré, pues, el nombre de brigada como el más conocido, y después explicaré su organización antigua y moderna, y la mejor manera de ordenarla.

Los romanos dividían la legión, compuesta de cinco ó seis mil hombres, en diez cohortes; y opino que nuestras brigadas se dividan en diez batallones, formándolas seis mil hombres de infantería. Cada batallón debe tener cuatrocientos cincuenta soldados, cuatrocientos con armas pesadas, y cincuenta á la ligera; de los primeros, trescientos con escudos y espadas, que se llamarán *escudados*, y ciento con picas, que recibirán el nombre de *piqueros ordinarios*.

Las tropas ligeras de cada batallón serán cincuenta infantes armados con arcabuces, ballestas, partesanas y rodelas. Aplicándoles su antiguo nombre les llamaré *vélites ordinarios*. Tendrán, pues, los diez batallones tres mil escudados, mil piqueros ordinarios y quinientos vélites ordinarios; en suma 4,500 infantes.

Para que la brigada llegue á tener seis mil hombres,

como hemos dicho, es preciso añadir mil quinientos soldados, y de ellos pondría mil con picas, á quienes llamaría piqueros extraordinarios, y quinientos armados á la ligera tendrían por nombre vélites extraordinarios. En esta forma organizaría mi infantería, la mitad con escudos y la otra mitad con picas y las demás armas.

Para cada batallón tendría un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones, y los vélites ordinarios á las órdenes de un jefe y cinco decuriones. Las mil picas extraordinarias irían al mando de tres condestables, diez centuriones y cien decuriones, y los vélites extraordinarios á las órdenes de dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones.

Nombraría después un general de la brigada. Cada batallón tendría bandera y cornetas.

La brigada constaría, por tanto, de diez batallones formados por tres mil escudados, mil piqueros ordinarios, mil extraordinarios, quinientos vélites ordinarios y quinientos extraordinarios, sumando en todo seis mil hombres, entre ellos mil quinientos decuriones y además quince condestables ó jefes de batallón con quince bandas de trompetas y quince banderas, cincuenta y cinco centuriones, diez jefes de vélites ordinarios y un jefe de la brigada con su bandera y sus trompetas. He insistido en explicar esta organización á fin de que no os confundáis cuando hable de la manera de ordenar las brigadas y los ejércitos.

El rey ó la república que quiera tener á sus súbditos ó ciudadanos dispuestos para la guerra, debe organizarlos de este modo y con las citadas armas, formando en su país tantas brigadas como sea posible.

Una vez ordenados del modo que he dicho, bastará ejercitarlos batallón por batallón. Aunque por el número de hombres que constituye cada uno de estos cuer-